

IV CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

El avión de plástico

2º PREMIO:

Carola Chiloeches Mena

Alumna de la Doble Licenciatura en Derecho y Periodismo
Universidad Antonio de Nebrija

2 0 0 8

Superman

- Yo he estado 12 veces en Londres, ¿Y tú?

- Ninguna.

- Pues Londres es de color rojo.

Nos miramos. Él tiene siete años. Se ha quitado los zapatos y está sentado como un indio. Pido un cambio de asiento. Los niños vomitan, lloran, les pitan los oídos y chocan como moscas contra la ventanilla. No me da la gana. –Disculpe caballero, el pasaje está completo.

Está bien. Compro su silencio con un avión de plástico. Debe tener 300 aviones de plástico en su casa; pero cerramos el trato con un apretón de manos.

- ¿Te vas a comer la chocolatina?

- ¿Y el avión?

- Lo he tirado por el water. Espera; ya está. Acaba de golpear a un bañista en Brighton.

Ahora que no tengo el avión, podemos volver a hablar. ¿Te vas a comer la chokolatina?

- Sí. ¿Viajas solo?

- Claro. Mi madre tiene un novio nórdico.

- ¿Y qué?

- Que yo necesito una figura paterna. Es lo que dicen los políticos y los psicólogos. Mi padre es inglés, por eso vuelo a Luton. Mi madre está aprendiendo idiomas. Es muy profesional; ha tenido siete relaciones y domina seis lenguas. Ahora está con el sueco.

- ¿Y después?

- No lo sé, ¿Qué te parece el chino? Yo le veo más futuro que al islandés; pero a ella le gustan rubios, altos y con los ojos redondos.

- No me has dicho tu nombre.

- James

- Qué feo.

- Sí, qué feo.

- ¿Qué nombre te gusta?

- Superman

- Muy bien. Te llamaré Superman, si te callas. Podrás hablar cuando aterricemos.

Lo he conseguido. Me pongo los cascos y no escucho ninguna canción. Cierro los ojos y pienso en Carlota. Su hermano es igual; el otro día me contó que una cabeza pesa 6 kilos; y es tan flaco, que tuve que sujetar la suya, para que no se tronchara

como una flor.

- Tú, tú, despierta.

- ¿Qué pasa?

- Seis puntos de sutura.

- ...

- El bañista. Le van a coser la cabeza y después demandará al culpable. El hospital está obligado a hacerlo. ¿Qué crees que va a pasar conmigo?

- Superman, vas a ir a la cárcel.

- ¿Y tú?

- Yo tengo una beca.

- Pero el avión de plástico es tuyo.

Y aterrizamos. Él se aleja del brazo de la azafata y yo camino hacia la sala de equipajes. Nos despedimos alargando el brazo como Superman; porque somos como él. Hemos abandonado Krypton, la tierra de los jamones serranos y las folclóricas, para crecer en la ciudad roja; cuna de los pastelitos de zanahoria y la lluvia que nos ensopa los pies. Ahora hay que quemar las naves; abandonar los aviones de goma y aprender a volar; como hicieron los clásicos: ¿Recuerdas a Peter Pan? ¿Wendy? ¿Mary Poppins? ¿David Copperfield? ¿Harry Potter?. Todos ellos han sobrevivido al rojo de las cabinas, los autobuses, el correo, las bicicletas o las luces.

Carlos (y los Erasmus)

Me bajo en la estación Victoria y dos chicos me ponen una bolsa de la compra en la cabeza. Huele a marisco. Me piden dos libras y bajamos al metro.

- ¿Eres Carlos?

- Sí

- Somos seis; dos francesas, un italiano y nosotros tres; lo que hablamos por correo. Por 300 libras vives en una habitación individual en el 48 de Brick Lane. Si quieres ducharte, tendrá que ser antes de las seis o después de las doce; funciona con monedas. Te toca el cuarto amarillo, es el más feo; los muebles son estilo imperio, hay posters de los Sex Pistols y pegatinas de cereales en los armarios. Tienes una ventana pequeña; pero fumamos en el salón. –Me colocan un cigarrillo entre los dedos- El frigorífico está dividido en seis compartimentos; usarás el que lleva tu nombre y cocinaremos por turnos. Te toca hoy, mañana y pasado.

- ¿Fumas?

- No.

Me quitan la bolsa y saludo al resto de inquilinos. Se acabaron las novatadas; brindamos con cerveza y me obsequian con un British kit: condones, las orejas del príncipe Carlos y un plano de Londres.

Pido un juego de llaves y salgo a dar un paseo. Son las doce de la mañana y voy chocando con la gente. No veo el final de la calle; todos llevan paraguas de colores, zapatillas retro y diseños imposibles. Estoy en la tierra prometida de Leticia Sabater.

Los chubasqueros con personajes de los ochenta, las lámparas hawaianas y las tiendas de zapatos usados, están abarrotadas. Entro en “Beyond Retro”, me siento en un taburete con forma de bola de billar y una señorita me despacha quince pares de zapatos del cuarenta y cuatro. Me calzo unos tacones y doy un paseo por el local; contoneo las caderas como Bosé y extiendo los brazos para que me coloque un chaleco diminuto. No sé si es más cómodo andar de pie o haciendo el pino; así que le devuelvo sus vintage y me tira un beso. Con el follón, me llevo el chalequito puesto; quizás se lo regale a las francesas, a cambio de un pain au chocolat.

De repente piso fruta hindú, no conozco el nombre técnico, pero su dueño me persigue, hasta que me refugio en los probadores de “Rokit“. Descanso y descubro tafetanes colgados en la percha. Detrás de un tutú, aparece la camiseta de Superman. No es una cualquiera, pertenece a Bernhard Willhem y cuesta lo mismo que dos semanas de alquiler. Me la llevo puesta. Es una barbaridad, pero creo que me traerá buena suerte.

Vuelvo al piso; pongo la pasta a hervir y Domenico me enseña a tirar espaguetis contra la campana.

El ajuar del Erasmus entra dentro de una polaroid. Sacudo la fotografía y le ayudo a recobrar la conciencia. Recupera el color, que se distribuye como la niebla por la película y pronto, aparecen los detalles. El tacón del zapato de Chloe, encajado en un vaso de tubo; los apuntes de Mario entre cartones de fish&chips y muffins de vainilla; mi oyster card. La camiseta rosa de Claire sobre la lámpara; luz de club de alterne; agua del deshielo en la bolsa de la gasolinera; cigarrillos, botellines, películas, condones, planos de metro y postales de la familia real en el aparador. Agito para exprimir más información, le pido sentido a la fotografía; pero se paraliza y no dibuja nada más.

Tiro la dieta de las francesas y utilizo el imán para colgar la polaroid en la puerta del frigorífico. Mañana todos sabrán lo estúpidos que somos. Cuando Londres despierte y Brick Lane desayune; recordarán la cloaca del salón.

Ahora duermen jugando al Twister. Veo piernas, brazos, cabezas y dedos, cruzados en los tresillos. Son los cuerpos de Babel en un tetris imperfecto. Apago la luz y busco mi habitación. Y Londres duerme hasta las tres.

- ¿Comes bien?

- Sí mamá.

- Llevas tres días sin llamar. Tu padre quiere saber cómo van las clases. ¿Te lo paso?

- No, tengo prisa. Dale un beso a Carlota.

Y vuelvo a la cama.

La patinadora

El aparato digestivo que Carsten Höller instaló en la sala de las turbinas de la Tate Gallery, me tiene boquiabierto. Hace días que no voy a clase. Compró café, me tumbo en la rampa de la galería y estudio el comportamiento del estómago. Sí, sus intestinos de metacrilato transportan personas de una obra de arte al suelo; facilitan el vértigo ante las creaciones y el encogimiento de los estómagos de las personas que se someten a los toboganes del artista, es brutal. Algunos gritan después de conocer la brocha de Roy Lichtenstein, o se asfixian con las fotografías de Kappa. Otros se tiran con los ojos cerrados y retienen el recuerdo de un Dalí, durante toda la caída.

Normalmente les cuesta volver en sí. Y yo observo con mi café, si no se me cae; porque a veces, un estómago se revuelve con la reacción de otras vísceras. Y las tripas que viajan dentro del aparato digestivo de Höller no están protegidas en una placenta, por tanto, sus rugidos hacen eco en los rugidos del metacrilato. Y entonces descubro que el equilibrio no está en el oído; lo localizo en la barriga y me tranquiliza saber que cuando lo

volteo, todo mi cuerpo se marea y siente náuseas. Y dejo de pensar en él, como carretera de alimentos, para darle la importancia que merece.

Poco a poco me enamoro de la patinadora; una chica que practica piruetas en la barrera en la que yo estudio el estómago. Y un día me pregunta que por qué dibujo el páncreas, cuando me dedico a los dientes y no sé qué contestar. Ella tampoco va a clase. Estudia Periodismo en la Universidad Antonio de Nebrija y desde que llegó a Londres, ha recuperado la afición por el patín. No hay nada que me guste de ella; no me atraen sus coletas y odio los zapatos con ruedas. A veces, incluso, cuando el ruido de las ruedas interrumpe los cálculos, resuelvo lanzarla al Támesis y volver a mi puesto de trabajo en silencio; pero después me veo en el agua, nadando en un río que no conozco, mientras salvo a una patinadora que no me deja vivir; y le dejo estar.

Un martes me ofreció un periódico con una frase subrayada: “Los científicos italianos encontraron niveles increíblemente más altos de NGF en la sangre de 58 personas que acababan de enamorarse locamente”. –No lo entiendo-, me dijo.

Así que busqué el móvil, llamé a Carlota y terminé con ella. Cuando preguntó el por qué, le hablé de la molécula del amor y la patinadora me besó. Nos olvidamos de los estómagos y a ella le creció el pie.

El mismo día, me ofrecieron un trabajo en la noria como asalariado antiterrorista de la British Airways. Mi trabajo consistía en examinar el banco de madera, antes y después de cada vuelo, para comprobar que no había explosivos en el interior de la cabina. Además, a partir de las nueve, servía cenas románticas a parejas de la jet set, que se declaraban amor eterno en la

misma atracción que los adolescentes de Alburquerque.

Durante seis meses, sobrevolé la ciudad treinta horas a la semana. Y el día de Carnaval, invité a la patinadora y nos disfrazamos de Clark Kent y Lois Lane.

The End

Y no recuerdo haber pasado por estaciones, ni haberme fijado en el frío, la primavera, el calor o el secarral de Hyde Park al final del Erasmus. Sólo sé que llovió y pasó todo rápido. Tampoco me acuerdo del color de los instrumentos que utilizaban en la universidad, o si las paredes eran verdes o estaban alicatadas. Y si me preguntan, sólo sabría identificar a tres o cuatro compañeros de clase.

Yo pasé la beca en casa, en la calle; y a la vuelta, dominaba el francés, el italiano, algunas palabras en hindú y chino que, como dice Superman, es un idioma mucho más provechoso que el islandés. El inglés volvió a casa igual, pero mi padre presume de que veo cine en versión original y está haciendo la colección de Muzzy para sus nietos. Sin embargo, la molécula del amor se quedó allí. Trabaja para The Guardian y cubre eventos sobre deportes de riesgo; ya sabéis, aquellos en los que el estómago te da un vuelco y transporta el equilibrio del oído por el aparato digestivo.

Hace meses recibí un telegrama: “Soy la patinadora. Me ha tocado la lotería y como las noticias vuelan, quiero comprar el

Daily Planet”.

Aquel curso, todos aprendimos a volar: la patinadora, Superman, mis compañeros de piso y yo.

Cuando llego a la consulta, hay un paciente en la sala de espera. Le hago pasar y me explica que es escocés, pero veranea en Brighton. Sonríe y me enseña una dentadura con el agujero de un avión.

- ¿Era suyo?

Y extiende un Boeing 747, sobre la mesa de instrumentos.